

“Bendita entre las Mujeres”

Samuel Clark

Las Escrituras describen a María de Nazaret, una descendiente de la familia real de Judá, como una humilde joven de un pueblo insignificante en el norte de Palestina. Otro descendiente de David, un hombre llamado José, era un humilde carpintero en el mismo pueblo. ¿Por qué no vivían en Jerusalén, la ciudad de los reyes, o por lo menos en Belén, el pueblo natal de David? Ni las Escrituras ni las tradiciones de los primeros cristianos arrojan luz sobre los detalles de esta historia. Siglos después los hombres inventaron muchos cuentos para tratar de rellenar lo que el Espíritu Santo había dejado en la oscuridad. He allí un principio de la hermeneútica bíblica: Cuando las Escrituras no iluminan una área, es mejor andar en las tinieblas que encender antorchas humanas de especulación, imaginación o fantasía.

*“El que de vosotros tema al Señor y escuche la voz de su siervo, el que camine en tinieblas, sin ver ninguna claridad, confíe en el nombre del Señor y apóyese en su Dios. Pero todos vosotros que prendéis fuego y atizáis brasas caed en las llamas de vuestro fuego, en las brasas que atizáis. Mi mano os tratará así, os hundiréis en los tormentos” (Isaías 50:10,11).**

Dejemos en tinieblas la historia que quisiéramos conocer para ir a lo revelado, la base firme para la fe.

¿Por qué se llama esta joven María de Nazaret “bendita entre las mujeres”? En un día muy lejano, una mujer fue alabada por la profetisa Débora con estas mismas palabras: *“Bendita entre las mujeres sea Yael (la mujer de Jéber el quenita), bendita entre las mujeres del campamento”* (Juces 5:24). Ella ganó ese título exaltado por haber matado a un general cananita que se escondió en su tienda al huir de Barac, después de perder la batalla a las fuerzas inferiores de Israel. ¿Qué hizo la virgen de Nazaret para ganar semejante título? La anciana Isabel, esposa del sacerdote Zacarías y pariente de María, pronunció la salutación inspirada por el Espíritu Santo. Antes estéril, ya tenía tres meses en cinta con el que se llamaría, por orden angelical, Juan, “el Bautista”. Esta mujer justa, llena del Espíritu, exclamó a gran voz (Lucas 1:42-45): “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y cómo es que la madre de mi Señor viene a mi? Tan pronto como tu saludo sonó en mis oídos, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te ha dicho el Señor!”

Tratemos de comprender esta salutación porque nuestra regla en el estudio de las Escrituras es tratar de entender todo lo que está escrito para creerlo y practicarlo. Dicho sea de paso, algunas Biblias añaden al saludo de Gabriel en Lucas 1:28, *“Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo”*, pero no se encuentra en los manuscritos más antiguos. Algunas versiones traducen esto *“Salve, llena de gracia...”* Era un saludo común, se encuentra mucho en la Biblia. En el latín es “Ave...” y de allí viene el “Ave María”. No debemos espiritualizar ese saludo sino saber que se traduce alegrarse, gozarse, regocijarse en muchos pasajes y como un saludo en otros lugares (Hechos 15:23; 23:26; II Corintios 13:11; Santiago 1:1; II Juan 10,11). Cristo saludó a las tres Marías así en Mateo 28:9. Es algo como “¡Hola!”

¿Cómo hemos de entender la frase “Bendita tú...”? “EULOGEMENE” es una palabra griega usada para exaltar o hablar bien de alguien (EU = bien, LOGOS = palabra, como “eulogía” = una buena palabra). Debemos “bendecir” a los que nos maldicen (Mateo 5:44; Romanos 12:14). Lo opuesto de maldecir o desear mal es desear el bien. María era bendita en este sentido, lo que se dice de ella es bien dicho, sólo se dice el bien de ella (bendita). Así también el fruto de su vientre era bendito. Sólo por inspiración divina pudo haber sabido Isabel que María estaba en cinta, pues estaba en su primer mes de embarazo (Lucas 1:26 con 1:56).

Isabel no sólo dijo que el niño de María era bendito, sino que era su Señor. Preguntó por qué la visitaba la madre de su Señor. Ningún versículo dice que María era la madre de Dios. Pero la gente dice que si Jesús es Dios, ¿no es ella la madre de Dios? Jesús afirmaba que El era el Hijo del Hombre, dando énfasis a su humanidad, pero en varias ocasiones afirmó que era el Hijo de Dios, que su Padre le envió, que El y el Padre son uno. San Juan afirma: *“Y aquel que es la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros...”* (Juan 1:14). La enseñanza del apóstol San Pablo en Filipenses 2:5-11 nos ayuda a asimilar este misterio: “Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró

como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó (se despejó) a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por ello Dios le exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre, para que al nombre de Jesús doblen su rodilla los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.”

El Señor puso a un lado su divinidad para poder ser un siervo, un hombre, y así morir en la cruz por nosotros. Por esto ganó el Nombre de Señor, por su muerte y resurrección. María es la madre del niño que nació y creció a su lado en sabiduría, estatura, gracia con Dios y con los hombres, como cualquier niño judío (Lucas 2:52). Sólo ella, José y unos cuantos otros como Isabel, Zacarías, Simeón, Ana, los pastores y los magos sabían el secreto de su identidad. En lo humano fue un niño normal que llegó a ser un carpintero en su pueblo de Nazaret como lo fue José, su padrastro.

Isabel y Zacarías reconocieron que Aquel que nacería seis meses después que Juan sería mayor que Juan porque estaba antes que él (Juan 1:15,30). Estaba con Dios desde el principio y era Dios (Juan 1:1,2). El misterio de la encarnación es que María fue la madre del hombre Jesús, y Dios el Padre del Hijo eterno que se hizo humano para salvar a los humanos. (Hebreos 2:15-18 da una explicación amplia del tema.) Ni Zacarías ni Isabel entendieron todo el misterio del evangelio. Las profecías que ellos más esperaban experimentar con la venida del Mesías tenían que ver con la salvación de los judíos de sus enemigos y el establecimiento del Reino Davídico otra vez en gloria, poder y justicia (Lucas 1:68-79). Ni la virgen María entendió en ese entonces el propósito primordial de esta primera venida del Mesías que ella daría a luz (como se ve en su discurso llamado El Magnificat en Lucas 1:46-55). Todos esperaban la venida de un rey victorioso que volvería a la afligida nación de Israel su independencia y prosperidad.

Tomando en cuenta estas altas expectativas mesiánicas, podemos apreciar en Isabel y en María la maravilla de que a ellas les tocara el privilegio de participar en un evento tan largamente esperado. Así podemos entender las palabras de María en Lucas 1:46,47: *“Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador.”* Ella glorifica al Señor y se regocija en El como su Salvador personal, lo que diría cualquier judío piadoso al estar ante las evidencias de la gracia y poder de Dios en su vida. Su humildad es notable, en verdad no se creía más que una humilde sierva del Señor. Sin embargo, por fe reconocía que era “dichosa”. *“Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones”* (Lucas 1:48). Esta palabra griega significa uno que ha recibido una gran bendición. Se traduce también “bendita” o “bienaventurada”.

¿Por qué se consideraba “dichosa”? Cada joven judía anhelaba ser la madre del Mesías. Desde Génesis 3:15 cuando Dios predijo que un hijo de una mujer pisaría la cabeza de la antigua serpiente Satanás para anular la condenación de muerte por el pecado de Adán y Eva, la raza humana había esperado este evento. Desde el pacto con Abraham las israelitas deseaban dar a luz la simiente que sería para la bendición de todas las naciones (Génesis 22:18). Desde el pacto con David todas las muchachas de su linaje querían ser la madre del gran Rey de Gloria. Ahora, esta señorita desposada con un honorable descendiente de los reyes de Judá, virgen todavía, ha sido escogida entre miles de muchachas de su propia generación y decenas de miles de descendientes de David. **Mil años** han pasado desde que Dios le había prometido: *“...te daré una dinastía... Tu casa y tu reino subsistirán por siempre ante mí, y tu trono se afirmará para siempre”* (II Samuel 7:11,16). El profeta Isaías también lo dijo (Isaías 9:6,7): “Que un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre sus hombros el imperio, y su nombre será: Consejero admirable, Dios potente, Padre eterno, Príncipe de la paz, para ensanchar el imperio, para una paz sin fin en el trono de David y en su reino; para asentarlo y afirmarlo en el derecho y la justicia desde ahora para siempre. El celo del Señor omnipotente hará todo esto.”

Ella sabía suficiente sexología para preguntar sinceramente al ángel Gabriel, “¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones (sexuales)?” El ángel le respondió que el mismo Espíritu Santo haría la obra de fertilizar el óvulo y formar ese ser que sería llamado Hijo de Dios (Lucas 1:34-36). María se sometió a la voluntad de Dios con las palabras que la hacen ejemplo para cada uno de nosotros: *“Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”* (Lucas 1:38). Por esto la llamamos dichosa, feliz, bendita entre las mujeres.

Después de tres meses agradables con Isabel, María tuvo que regresar a Nazaret y enfrentar cosas amargas

al informar a José y a su familia de su estado de gravidez del tercer mes. Angustiada, María debe haber encontrado mucha paz en la profecía de Isaías 7:14: *“El Señor mismo os dará una señal. Mirad: la virgen encinta da a luz un hijo, a quien ella pondrá el nombre de Emanuel.”* Por esto María dijo que nosotros la llamaríamos dichosa, feliz, bendita, porque Dios la escogió a ella para la tarea más noble que una mujer pudiera cumplir, la de aceptar a ese feto, llevarlo en su vientre y darlo a luz, ser su fuente de alimentación, protección, educación y amor maternal durante su niñez y juventud. ¡Qué bendición! Pero en esos momentos no debe haberse sentido muy dichosa. Llegó la hora de la vergüenza. ¿Qué dirían sus seres queridos?

Hubo sorpresa, desilusión y quizá rabia de parte de su futuro esposo. José planeó divorciarla secretamente. La costumbre judía era dejar pasar por lo menos un año entre el desposorio y la boda. Por cuestiones legales de herencia, era muy importante asegurar que ninguna muchacha llegara a la boda encinta del hijo de otro hombre que luego heredaría los terrenos del dueño legítimo. Antes de que lo hiciera, el ángel Gabriel en un sueño le comunicó la voluntad de Dios que le hizo participante de la vergüenza de un nacimiento antes de los nueve meses de vida conyugal. Se supondría que él admitía ser el padre al casarse con ella. José es otro ejemplo de sumisión a la voluntad de Dios, un hombre justo que no se defiende a pesar de la vergüenza. Simplemente obedece, cueste lo que cueste. ¿Cuántos hombres buenos harían esto por amor a Dios y por fe en su plan eterno? La Biblia no lo llama “bendito” pero todos los hombres debemos agradecer a Dios que pudo encontrar a un descendiente de David que fuera el padrastro y maestro de carpintería y cosas de hombres y de Dios para ese Niño. María era dichosa de tener a un hombre así, que la guardó virgen hasta que naciera su primogénito (Mateo 1:18-25). No sabemos de los padres, suegros y demás parientes de esta pareja y cómo reaccionaron ante esta situación. Tal vez María tuviera el apoyo de los familiares en su embarazo, boda y vida después, pero aunque no lo tuviera la virgen madre se sentía “dichosa” porque tenía el apoyo de Dios y sus promesas, y también el apoyo de un buen hombre.

En el noveno mes tuvieron que viajar por varios días hasta Belén, la Ciudad de David, obligados por un censo romano para ser contados según sus casas ancestrales para los impuestos imperiales. María llegó exhausta y cerca de dar a luz. La historia repasada cada año narra que tuvieron que buscar abrigo en un establo porque ya no había lugar en la posada aldeana repleta de los que venían a inscribirse con los odiados romanos. Podemos imaginar el clima político de esos días y el estado de ánimo de María y José cuando nació el Salvador del mundo. Angeles y pastores lo celebraron, algunos aldeanos se dieron cuenta de los eventos inusitados, pero para la mayoría fue un nacimiento más y su importancia pasó inadvertido. El mensaje del ángel lo resume: ¿Qué sucedió? Buenas nuevas de un gran gozo para todo el pueblo - el nacimiento del Salvador, el Mesías, el Señor mismo. ¿Cuándo? Hoy. ¿Dónde? En Belén, la Ciudad de David, en un establo, acostado en un pesebre. Todas estas cosas extrañas pero gloriosas sucedieron a aquella “bendita entre las mujeres” y el bendito fruto de su vientre. Ser bendita y bendito no quiere decir que todo va a ser suave y placentero, pero por fe María pudo decir que hoy la llamaríamos “dichosa” a pesar de los problemas, pruebas y dificultades que enfrentaría para cumplir su tarea.

Ocho días después lo circuncidaron y le pusieron el nombre indicado por Gabriel, Jesús (Yavé-Salva). Siguiendo la Ley, 33 días después fueron al templo en Jerusalén para el rito de la purificación de María y para presentar a Jesús como primogénito al Señor. La ofrenda que ellos trajeron fue la de los pobres: un par de tórtolas o pichones. Podemos imaginar el gozo con que cumplieron esos deberes con el primogénito y futuro Rey de Israel. Lucas relata que en esa visita Simeón, un hombre justo y piadoso de avanzada edad, los encontró en el templo y alabó a Dios por haberle permitido ver con sus propios ojos al Salvador. Profetizó cómo el Niño sería señal de contradicción en la nación y que a María le atravesaría una espada en su propio corazón a causa de El. Ana la profetisa también habló palabras proféticas acerca del Niño a todos los que estaban esperando la redención de Israel (2:22-37). En todos estos acontecimientos gloriosos vemos la soberanía y la providencia de Dios para que todo sucediera así y se cumplieran las profecías del Antiguo Testamento. Deben haber animado aquella pareja sencilla y llenado de seguridad, gozo y cierto temor al pensar en su responsabilidad tan grande.

José y María vivían en Belén por un tiempo, porque allí, a su casa, llegaron los magos con su adoración y valiosos presentes para el Niño. Poco después, el ángel mandó a José llevar al niño y María a Egipto, porque Herodes, no queriendo ceder su trono a nadie y en una rabia descontrolada, había ordenado la matanza de todo niño de dos años para abajo (Mateo 2:13-18). Otro viaje arduo, huyendo para proteger al Niño Jesús, la

adaptación a otra cultura, cosas difíciles para una madre. Quizá un año más tarde, muerto Herodes, el ángel les avisó que pudieron volver y se establecieron en Nazaret.

Pasaron años sin más noticias de las Escrituras. La curiosidad humana anhela los detalles, y algunos han tratado de imaginar cómo eran los años infantiles del Salvador. Es obvio que sus relatos no son revelaciones inspiradas. Nunca se citaron en los primeros siglos del cristianismo y han sido rechazados por los doctores de la iglesia. Hemos de seguir su ejemplo y no hacer caso de esas especulaciones. La Biblia enseña todo lo necesario para nuestro conocimiento salvífico de Jesucristo; lo demás, es mejor no saberlo.

Al cumplir los doce años de edad, todo niño judío empezaba a asistir a las fiestas anuales en Jerusalén. Por primera vez Jesús iría allá para celebrar la Pascua, la gran fiesta que recuerda el éxodo de Egipto y la liberación de los israelitas. Esa última noche los hijos de Israel mataron un cordero o cabrito, remojaron una rama de hisopo en la sangre, y untaron con sangre los dos postes y el dintel de la puerta para que el ángel de la muerte pasara de largo su casa. Mientras tanto comían la carne asada del animal, especies amargas y pan sin levadura. Podían oír los gritos de angustia en las casas donde no había sangre y se moría todo primogénito, fuera de esclavo o del Faraón. "Pascua" en hebreo significa "pasar por encima". Durante siglos se celebraba esta fiesta para conmemorar aquel evento inicial de la historia de Israel, pueblo escogido por Dios para dar al mundo el Salvador. Ahora, en sólo 20 años, en la misma fiesta, Jesús como el Cordero de Dios, estaría colgado en una cruz romana, muriendo por los pecados del mundo.

Ese año el Niño estaba lleno de preguntas y observaciones. Durante seis años en la escuela en la sinagoga había aprendido de memoria las Escrituras de Moisés, los Salmos de David, las profecías mesiánicas y las historias de los héroes. Estas Escrituras le fascinaban porque describían su propia vida y ministerio. Había pasajes de victoria, gloria, reino justo y bendición para todos, y otros pasajes acerca de rechazo, crisis, conflicto, persecución, y finalmente una muerte misteriosa cargando los pecados de todos. ¿Cómo se podría entender esta paradoja? Jesús encontró en el templo un grupo de doctores y maestros que podían contestarle algunas preguntas. Y ellos le hacían preguntas que El contestaba con las Escrituras. Nunca había sucedido tal cosa antes y aquel muchacho de doce años captó la atención de esos sabios por días enteros.

Cuando regresaban a Nazaret, José y María confiaron que Jesús andaba con parientes o amigos. Sólo al acamparse para la noche se dieron cuenta de que no estaba con el grupo. Con qué dificultad debían haber pernoctaban, esperando la luz del día para volver a Jerusalén a buscar a su Niño "perdido". El tercer día por fin lo encontraban entre los eruditos. María preguntó: *"¿Por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados."* María llamaba a José *"tu padre"*. Fue su padrastro pero la gente creía que era hijo de José (Juan 1:45 y 6:42). José y María guardaban su secreto. La respuesta del joven fortalecido en su fe por los días escudriñando las Escrituras les maravilló: *"¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?"* (Lucas 2:48-50). Esta respuesta deja claro que a los doce años Jesús sabía que José no era su padre. Dios mismo era su Padre y El tenía una misión que cumplir. María y José sabían que pronto El estaría enteramente entregado a su misión pero lo tendrían a su lado por unos años más. De todas maneras El se sometió a ellos y volvió a Nazaret. María guardaba estas cosas maravillosas en su corazón. Normalmente las madres gozan de hablar de todo lo que hacen sus "genios". María se contentó en terminar su contribución materna mientras esperaba el día cuando su hijo se daría a conocer como el Mesías. (Véase Lucas 2:41-52 para los detalles de esta maravillosa historia.) Por esto llamamos a María dichosa, feliz, bendita entre las mujeres por el privilegio de tener a un Hijo tan maravilloso.

Una vez más las Escrituras se callan durante 18 años, llamados "los años ocultos de Jesús". Algunos han invadido esa privacidad con cuentos fantásticos de años en las Himalayas aprendiendo de lamas budistas o de gurús hindúes los secretos de sus religiones. Hacen cualquier cosa para vender libros y escandalizar a los débiles en la fe con supuestas "evidencias" de ese aprendizaje de Jesús. (La historia real es que los budistas y los hindúes llegan a Cristo para aprender los verdaderos secretos de la vida espiritual y unión con el Padre - Juan 14:6). Aunque las Escrituras no relatan lo que Jesús hacía en esos 18 años, es obvio que los pasó en Nazaret donde era conocido como el hijo de José y María, el carpintero (Mateo 13:55; Marcos 6:3), y el hermano de Santiago, José, Simón, Judas y algunas hermanas. No podía haber estado lejos por esos años. Además nunca enseñó doctrina alguna de esas religiones orientales, mas bien todo lo contrario. La verdad es que estuvo

cerca de María y su familia en Nazaret. La única razón porque algunos quieren insinuar otra cosa es para poder explicar sus poderes espirituales como trucos mágicos aprendidos de faquires paganos. Estos años de silencio nos dan otra razón para llamar a María dichosa, feliz y bendita entre las mujeres de haber pasado esos años con tal Hijo bendito.

Una vez que empezó su ministerio público aquella espada empieza a penetrar el corazón de María en muchas maneras. Ya no estaba a su lado todo el tiempo. Cuando salió de su casa en Nazaret para establecer su residencia en Cafarnaúm, no estaban juntos sino en raras ocasiones. Mateo 13:55 indica que María y los hermanos de Jesús seguían viviendo en Nazaret: *“No es este el hijo del carpintero? ¿No es su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros?”* La última vez recordada cuando Jesús estuvo con su madre para algún evento social o familiar fue la boda en Caná. Ella sabía que en plena fiesta se había acabado el vino, y buscó la ayuda de Jesús. Su petición y su orden a los esclavos (*“Haced lo que él os diga.”*) se han malinterpretado mucho. No enseñan que “cualquier cosa que su madre le pida El lo hace.” Si Dios quisiera que creyéramos esto habría muchos ejemplos inconfundibles para enseñarnos que la petición se hace a María y ella le dice a El lo que tiene que hacer. La verdad es otra. San Juan narra que María sabía que faltaba vino, y ella misma no podía hacer nada milagroso. Pero ¡Jesús sí! María acude a El con su petición como cualquier creyente. La respuesta de Jesús no era descortés: *“¿A ti y a mí qué, mujer? Mi hora todavía no ha llegado.”* Sencillamente decía que no era necesario que El y ella se metieran en este problema. No era el tiempo para su revelación de poderes divinos. María deja el problema con El y ordena a los esclavos obedecerlo. Dicho sea de paso es el único mandamiento de María en la Biblia y una exhortación a nosotros a obedecer siempre a aquel bendito fruto de su vientre.

Más tarde ella y sus hermanos fueron a verlo en Cafarnaúm. Cuando llegaron, El estaba muy ocupado en su ministerio de enseñanza, curación de enfermos y liberación de endemoniados. Alguien le informó que su madre y hermanos estaban afuera y querían hablar con El. Su respuesta fue otra espada en aquel corazón valiente: *“¿Y quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”* Señaló hacia sus discípulos y dijo: *“Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”* (Mateo 12:46-50). Sólo un corazón preparado durante años podría aguantar esa espada de aparente rechazo de su derecho de madre única, bendita entre todas las demás mujeres. Lo cierto es que Jesús no dejó pasar esta oportunidad para enseñar una verdad de gran importancia, aunque a expensas de los sentimientos humanos de su familia natural. La verdad es clara: En la familia de la fe, sólo hay un Padre, un Hermano mayor, y todos los demás son nuestra familia espiritual, superior a la familia natural. Hay quienes insisten que la palabra griega ADELPHOS quiere decir siempre “pariente” y que puede incluir primos, tíos y aún sobrinos. Esa postura es ilógica a la luz de este pasaje. El Señor dijo que sus hermanos son los que obedecen. No son parientes o primos, sino hijos del mismo Padre espiritual, como aquellos hermanos eran hijos de la misma madre natural. Por esto las Escrituras son muy cuidadosas de decirnos que José guardó a su esposa virgen *hasta que nació* su primogénito hijo (Mateo 1:25). La palabra usada normalmente implica el primer hijo, no el unigénito.

Cuando los hermanos naturales de Cristo Jesús le pedían ir a Jerusalén, mostrar a los líderes sus poderes y convencerles que El era el Mesías, la Escritura dice que ellos no creían en El correctamente aún (Juan 7:1-13, especialmente v. 5). En la familia espiritual las relaciones naturales dejan de existir como las primarias porque “aborrecemos” a padre, madre, hermanos, hermanas, hijos, hijas y hasta nuestra propia vida (Lucas 14:26,27). Sólo así podemos entender aquella escena tierna al pié de la cruz cuando Jesús, viendo a su madre humana y al discípulo que amaba, dijo: *“Ahí tienes a tu hijo”* y *“Ahí tienes a tu madre”* (Juan 19:26,27). En un plano natural le estaba encomendando a su madre al cuidado de un discípulo muy amado. En un plano espiritual también, una viuda cuyo hijo primogénito está muriendo necesitaba que los creyentes la consideraran como su propia madre y la cuidaran. Esto fue la costumbre de los primeros cristianos con huérfanos, viudas, pobres y necesitados (I Tim. 5:2,3). Pero no estaba diciendo que por ser la madre de Jesús, María era la madre de todo cristiano. Ni los Hechos ni los escritos de los primeros siglos de la iglesia primitiva hablaron de María como nuestra madre. De ser una doctrina pura del cristianismo antiguo habría muchas referencias a esto en las cartas de los apóstoles, pero ninguno de ellos ni menciona a María. Ningún escritor novotestamentario afirma que es más que la madre natural de Jesús por intervención sobrenatural del Espíritu Santo. Esta escena junto a la cruz es la más terrible espada para el corazón de María: ver a su hijo morir y con él todos los sueños del reino mesiánico esperado. La última vez que oímos de María es en Hechos 1:14. Ella estaba con otras mujeres reunidas en aquel aposento

alto con los apóstoles después de la resurrección de Jesús. Ningún apóstol narra alguna aparición especial del Cristo resucitado a María aunque Pablo da una lista de testigos oculares en I Corintios 15:5-9. En los 23 libros restantes del Nuevo Testamento, sólo hay una referencia a ella y no es por nombre. Gálatas 4:4 dice: *“Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley.”*

Algunos piensan ver a María en el pasaje de Apocalipsis 12:1-6,13-17, pero una investigación imparcial del pasaje revela claramente que la mujer que dio a luz al hijo varón que debía regir a todas las naciones no es María. Es la nación de Israel que, atacada por el dragón Satanás, huye al desierto por 1260 días (3 años y medio, la mitad de la Gran Tribulación descrita únicamente en Apocalipsis).

Hay dos peligros en cada doctrina: sobreénfasis e insuficiente énfasis. Este último es peligroso porque si uno no sabe la verdad fácilmente puede creer un sobreénfasis aún más peligroso. No queremos caer en ningún extremo sino estar firmemente establecidos en la verdad de las Escrituras. Debemos guardarnos de cosas fuera de las Escrituras para no dar lugar a lo meramente humano en lo que es espiritual. El sobreénfasis puede llevar a uno a una adoración de María que la Biblia prohíbe rotundamente, en palabras de Jesús mismo citando la Ley: *“Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás”* (Mateo 4:10). Cuando el apóstol San Juan quiso adorar al ángel grande, éste dijo: *“No lo hagas, pues soy un servidor...Adora a Dios”* (Apoc. 22:8,9). Otro error sería dirigirnos a ella en oraciones. Jesús nos enseñó a orar directamente al Padre: *“Padre nuestro que estás en los cielos...”* El nos dijo que ni El mismo tiene que orar por nosotros porque el Padre nos oye: *“En aquel día pediréis al Padre en mi nombre. Yo no os voy a decir que rezaré por vosotros al Padre, porque el mismo Padre os ama, ya que vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios”* (Juan 16:26,27). Un énfasis deficiente nos conduciría a una ignorancia y falta de respeto que nos dejaría más pobres en cuanto al ejemplo de María a través de su vida humana de sumisión, fidelidad, fe y amor. Un extremo produce doctrinas extra-bíblicas, no creídas por la iglesia primitiva, como la ascensión de María. El otro extremo produce pobreza de respeto.

Un estudio sincero de los documentos más antiguos revela una ausencia completa de información de doctrina mariana o de prácticas de veneración durante los primeros doscientos años. Paulatinamente entraron presiones en el mundo greco-latino para venerar la virgen debido en parte a las religiones paganas repletas de diosas poderosas que ayudaban a las mujeres a tener hijos, a los agricultores a tener cosechas mayores, y a todos a sanarse. Luego empezaron las apariciones y el fanatismo en la devoción que ha llevado a muchos a sustituir a María por Cristo en la práctica, que es un tipo de “idolatría cristiana”. La Iglesia peleó contra esta tendencia con sus mejores armas, Juan Crisóstomo, Tertuliano, Agustín y otros, pero poco a poco iba cediendo terreno con dogmas inventados por los hombres, sin haber base en las Escrituras. Son más bien tradiciones humanas, careciendo de base alguno según los escritos de los apóstoles o las enseñanzas de los padres de la doctrina cristiana.

Mi propósito al compartir estos pensamientos ha sido edificar la fe para que podamos todos decir lo mismo y entender lo mismo cuando afirmamos que María es dichosa, feliz, bendita entre las mujeres por el enorme privilegio de ser la madre de Jesús, el Salvador nuestro. Podemos pedir a Dios la fe para seguir su ejemplo en humildad, en sumisión a la voluntad de Dios, en disposición para sufrir, en fe en el poder de Dios, en buscar ser sencillamente un esclavo de Dios.

“Su madre dijo a los sirvientes: Haced lo que él os diga.” (Juan 2:5)

Samuel Clark
Maracaibo, Venezuela

* Todas las citas bíblicas son tomadas de “La Santa Biblia” de ediciones Paulinas, totalmente renovada en 1988.